



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9333

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, el 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

SÁBADO 10 DE DICIEMBRE DE 1892.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, J. A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## M.<sup>me</sup> LEONIE BROUTIN, MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Pura Diaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

## FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredora.

ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

## TURRON

El tan conocido turronero Felipe Tomás, que viene poniendo su puesto de venta todos los años en la calle Mayor, lo ha hecho en el presente en la calle de Medieras número 3, lo que avisa á su numerosa clientela.

## Ecos de Madrid.

8 Diciembre de 1892.

Ni el más fecundo novelista, ni el más hábil y experimentado autor dramático, lograrán idear peripecias y combinar situaciones como las que estos días presenciarnos los pacíficos habitantes de Madrid.

Recuerden los lectores los sucesos que saben porque los han contado los periódicos diarios, con todos sus peos y señales y digan si es posible al más inteligente y diestro de los seres humanos dibujar caracteres y multiplicar situaciones como las que constituyen el trascendental período histórico que marcan los días que llevamos de calor en el helado mes de Diciembre.

¡Hasta la coincidencia de las brillantes fiestas que celebra la española infantería como contraste de la honda crisis política que atravesamos es un efecto que pide un Victor Hugo para la letra y un Wagner para la música!

¡Qué lección tan elocuente para los que á Dios gracias nos limitamos á desempeñar el papel de espectadores por más que nos cueste caro el asiento desde el que presenciarnos la función!

En el fondo de todo lo que pasa no hay más que miseria humana.

Bien podíamos exclamar como el personaje de la preciosa novela de Pereda: «Ta dai probeza!»

El cáncer característico de nuestros tiempos es la ambición de ser, la ambición de poseer. Los primeros que fueron infieles á la moralidad, emplearon gran habilidad y aunque con rasguños en la conciencia triunfaron.

Eran pocos y todos pudieron ser compadres. Pero el deseo de imitarlos se convirtió en epidemia y ha venido á confirmarse el antiguo refrán que nos enseña que no hay peor cuña que la de la misma madera.

Si no por virtud, que esto sería mucho pedir, por conveniencia al menos se impone la moralidad, como es precisa la abstinencia para contrarrestar los deplorables efectos de la gula.

Hay descreídos que no esperan el remedio.

La vida, lo mismo en el orden físico que en el orden moral es una continuada serie de revoluciones y reacciones.

Ahora es indispensable la reacción en favor de la moralidad y por algún tiempo estarán de moda la probidad y la rectitud.

Después... sucederá lo que la historia nos refiere de todos los tiempos y de todos los países.

Pero dejémonos de filosofías melancólicas para alegrarnos con los festejos que sirven á la infantería para celebrar á su patrona la Inmaculada Concepción.

¡Qué apetitosa lista la de los platos que han de saborear esta tarde los mil y pico de comensales que han de tomar asiento en el kilométrico y pantagruélico festín.

Ha habido quien solo por haber leído el «menú» ha experimentado indigestión y tampoco ha faltado quien experimente los síntomas de una alegre y bonachona embriaguez al oír enumerar los centenares y millares de botellas que han de mudar de contingente en el espacio de 3 ó 4 horas.

Mientras unos comen, otros meditarán en el ayuno que les espera!

La retreta de anoche fue magnífica y es verdaderamente doloroso que ocurrieran las desgracias que hoy refieren los periódicos.

La inauguración de la estatua del general Cassola fue un brillante y oportuno comienzo de las fiestas.

Hoy se celebrará con gran pompa la función religiosa: por la tarde el festín, y cuando termine el jolgorio militar se resolverá la crisis y entraremos en un período de calma hasta que las esperanzas del premio gordo de la Lotería de Navidad vuelvan á emocionarnos.

En medio de la agitación de estos días ha alcanzado un legítimo triunfo el insigne poeta Don José Echegaray, con la obra que ha estrenado en el Teatro de la Comedia.

Y para que no le falten argumentos en que engarzar la rica pedrería de su brillante imaginación dos maridos han sorprendido á sus consortes en flagrante delito de infidelidad y un joven empleado del Ministerio de Hacienda ha sacado á una bella de diez y seis abriles del regazo de su madre. ¡Qué situaciones tan diaméricamente cómicas!

Pero el suceso más doloroso, ha sido el del pobre estudiante de Derecho que por entretener sus ocios entre clase y clase se divertía en echar papelitos á las señoras que pasaban por delante de la Misericordia.

Perseguido por un caballero, corrió con tan mala suerte que cayó bajo las ruedas de un ómnibus, quedando muerto en el acto. Las cañas se vuelven lanzas!

¡Qué inmenso dolor el de sus padres!

JULIO NOMBELA.

## DESPEDIDA

Los mecleros de gas, muy distanciadlos unos de otros, daban una luz insegura y triste al andén, y los viajeros, escasos, del tren de lujo, se apresuraban á entrar en los vagones, huyendo de la humedad del ambiente y afanosos por ganar un buen sitio. Nada del bullicio, las carreras y las voces que suelen preceder á la partida.

Diríase que las gentes recataban el paso y economizaban las palabras; y para fundir mas aun en un solo tono oscuro y mudo, la lluvia en su la é insistente golpeaba con rumor apagado los cristales del techo. ¡Extraña conformidad de las cosas y del espíritu! Gabriel no se daba cuenta de ella, pero sentía su influencia que le anublaba más y más el estado gris de su alma.

De pie ante la portezuela del cocheberlina y al lado de la mujer á quien adoraba, sentíase el joven intimamente emocionado, con grave peso en el corazón y exaltado desvarío en la cabeza. Carácter melancólico y reconcentrado el suyo, retraído del mundo juntamente por naturaleza y por modestia de fortuna, todas sus energías, virgenes, todos sus sueños de muchacho, todo el lado efectivo de su actividad se había expresado de una vez al contacto de la primera amistad femenina digna de despertar los anhelos y los amores de una juventud que aun tenía ideal y conservaba puro el cariño. Así, aquella mujer era para él, no sólo su amor, sino la vida entera en lo más dorado, alegre y poético de su período de ilusiones.

Ante la gravedad del peligro—una separación larga quizás, ¿quién sabe?—eterna—él, tan respetuoso, tan comedido para su dulce amiga, se había decidido á hablar; y ahora, en el supremo y último instante, repetía toda su confesión, atollado y balbuciente, en su inocencia real de las cosas de la vida que no había conseguido aprender—aunque él creyó por algún tiempo que sí—ni en las novelas psicológicas ni en los libros doctrinales más serios y profundos.

Después de haber puesto toda su elocuencia en la expresión del cariño que le embargaba ahogándole casi la voz, quedó silencioso, con un vago temor en la mirada, estremeído de haber dicho cosas tan graves y cuidadosas por el gesto sereno y triste con que había sido escuchado. Suspiró la mujer levemente y levantó hasta él sus ojos azules, dulces é inquisitivos. Cubierta por el velo blanco que bajaba del sombrerito de viaje, aquella cara de niña donde los años no habían marcado sello alguno visible, parecía rodeada de un limbo de luz tenue al través del cual los labios pequeños y finos, solo formaban una línea baja y esfumada sin contorno. Al cabo de larga pausa murmuró Gabriel:

—Hable Ud. por Dios. Creo que de lo que hoy digamos depende toda nuestra vida futura y Ud. es quien ha de fijar mi destino.

—Por qué? dijo ella con suave acento. No tengo yo derecho á fijar su vida de Ud.: es Ud. mismo quien ha de hacerla.

—Yo, yo solo!—exclamó Gabriel dolorosamente.

—Acaso puedo estar solo nunca?

—No digo eso.—Todos vivimos en sociedad ideal con las personas á quienes nos une afecto, y con el recuerdo y la influencia de ellas nos nutrimos y formamos; pero ligarnos á una que á la vez no pueda ligarse, es desvarío; y consentirlo una mala acción.

—¿Qué va Ud. á hacer esta primavera?, siguió preguntando la dama. ¿Va Ud. á su tierra?

—Sí—dijo él. Pasaré con mi madre el día de su santo.

—¿Cuándo es?

—A la vez que el mío. Se llama Gabriela.

—¡Ah! exclamó la dama. Qué nombre tan hermoso!... Verdaderamente es hermoso el nombre de Ud.

Palpitó el corazón al joven, fuertemente, y se atrevió á decir tan solo:

Aun amándose! Vaciló la dama y por un momento se colorearon sus mejillas; pero enseguida contestó como quien sentenciaba.

—Aun amándose!

A su vez quedó cortado el joven.

Gabriel en la lucha de discusión y estímulo que impone el trato en los hombres, no sabía más que decir sinceramente su pensamiento espontáneo haciéndose traición á cada instante.

—Bien, dijo por fin.—No hablemos de atar vida á vida. No pretendo eso. Me resigno á que se vaya Ud. sin decir sobre esa relación la más esencial para mí.

No la verá á Ud. más: no embarazaré su camino, no me obligaré á nada. Pero, necesito saber una cosa que será como la promesa de un ideal que llenará mi alma, aunque como todos los ideales, no lo a canze jamás.

Volvió ella á mirarlo, gozándose en aquella adoración entusiasta del joven, en aquella súplica más ardiente que mil juramentos amorosos; é iba á contestar, cuando la detuvo el grito de los mozos de estación.

—¡Señores viajeros, al tren!

Y al propio tiempo, asomó por la ventanilla del coche una cabecita rubia de pelo ensortijado, que llamó con afán:

—Mamá, sube, sube, sube!

Con un gesto, indicó la dama al joven la dificultad que para la conversación representaba la presencia del niño; y como si se amparase de ello, escudándose para no contestar, alargó la manito, pequeña y fina, á Gabriel y dijo con voz insegura:

—Adios!

Quedó el mozo dolorosamente sorprendido por aquel brusco corte de la dulce intimidad que creía haber promovido y no supo insistir sobrecojido también por cierto temor de aparecer, á los ojos de la mujer amada, ridículo é im pertinente.

Retuvo un instante la mano enguantada sin atreverse siquiera á estrechar el contacto; pero cuando notó un ligero movimiento que la dama hacía para desasirla la llevó á los labios, inclinándose, y besó en el punto sobre la carne en el espacio libre que el guante dejaba.

Luego la vió subir, desaparecer en el coche y volver á mostrarse en la ventanilla, al lado de la cabecita rubia, cuyos cabellos acarició suavemente.

—Escribirá Ud. alguna vez? preguntó mirándole de una manera fija, como una buena amiga que no quiere dejar tras sí disgustos ni tristezas.

—Escribiré—dijo él, y añadió enseguida:

—Mas para qué? Sonrió la dama y se animaron sus ojos reflejando algo más que la nota simpática de las amistades. No contestó sin embargo á la reflexión de Gabriel; pero para éste, la mirada suplió al acento. Otra vez sintió la ola de la esperanza que le invadía el corazón; y aguardó impaciente á que expresara toda la promesa. Comprendió por instinto que las palabras que iban á seguir serían declaración simbólica del pensamiento íntimo, y por lógica asociación de ideas, recordó la frase en que Dumas advierte que solo en las últimas líneas de las cartas que escriben, dejan escapar las mujeres su verdadero estado de ánimo.

—¿Qué va Ud. á hacer esta primavera?, siguió preguntando la dama. ¿Va Ud. á su tierra?

—Sí—dijo él. Pasaré con mi madre el día de su santo.

—¿Cuándo es?

—A la vez que el mío. Se llama Gabriela.

—¡Ah! exclamó la dama. Qué nombre tan hermoso!... Verdaderamente es hermoso el nombre de Ud. Palpitó el corazón al joven, fuertemente, y se atrevió á decir tan solo:

—De veras? «Oh—¡Oh, sí!» afirmó ella; y poniéndose algo encendida, añadió bajando la voz.—Crea Ud. que si mi Juanito tiene alguna vez un hermano.... «se llamará Gabriel». E inclinando la cabeza, besó los rizos suaves del niño, sin dejar de mirar al joven.

¿Qué oleada de luz inundó el andén é hizo brillar el espacio entero? qué horizontes rosados se pintaron en lontananza, como fondo de la vida futura? Nada podía concretar Gabriel, pero sí sabía la dicha inmensa que le embargaba agitando nerviosamente y borrando toda tristeza de aquella despedida. El tren pasó acelerando la carrera de momento en momento y perdiéndose en la oscuridad de la noche. La trepidación tardó en apagarse; pero todavía mucho después creía el joven que la iba á oír nuevamente retrocediendo hacia la estación y trayéndole, plena y efectiva, la felicidad que tan dulcemente se había anunciado á su alma.

RAFAEL ALTAMIRA.

8 Diciembre del 92.

(Prohibida la reproducción.)

## Variedades

### CARTA ABIERTA.

Versos me pides, y á fé  
Que me pones en un brete,  
Pues hoy, Lola, ni en falseto  
Cantar tus gracias podré.

Y no es porque mi laúd  
Rompieron los desengaños:  
Es porque hace ya dos años  
Que hizo *mutis* mi salud;

Y en lugar del buen humor  
Que en otro tiempo tenía,  
Tengo ahora una hipocondría  
De las de marca mayor.

Buscando alivio á mi mal,  
Que me pone en gran apuro,  
Tomo á kilos el bromuro,  
La morfina y el cloral.

Y como á tomar me entrego  
Droga tras droga á porfía,  
Por tomar, el mejor día  
Tomo las de Villadiego.

De médicos á un millón  
Mi dolencia he consultado,  
Y de todos he sacado  
Lo que el negro del sermón.

Uno, cuya fama es tal  
Que llega hasta el Turco Bósforo,  
Dice que me falta fósforo  
Y que esa falta es fatal.

Y aunque por soltar mi cruz  
Fósforos compro á granel,  
En mi dolencia cruel  
No encuentro un rayo de luz.

Otro, que es una lumbreira,  
De mis nervios en socorro,  
Me manda duchas de chorro,  
Y duchas de rogadera.

Y después de fastidiarme  
Habiendo tomado muchas  
Me encuentro ya ducho en duchas  
Mas no estoy ducho en curarme.

Otro, de prudencia emblema,  
Que no fume me ha mandado,  
Sin duda porque he tomado  
La cosa por donde quema.

Y aunque con esfuerzo sumo  
Me he privado de Tabaco,  
Sigo mal y en limpio saço  
Que el remedio es la del humo.

Otro dice muy ufano  
Que para mi curación  
Me procure distracción  
Con lo que tenga á la mano.